

Macedonio el viejo

Victor Valdelomar

PERSONAJES:

Macedonio —: Un Viejo dueño de un circo moribundo.

Margarita —: Su amiga.

Ambos entre los sesenta y cinco y los setenta años de edad.

(La acción ocurre en el lugar donde estuvo la arena del circo. Amontonados a un lado del escenario hay algunos objetos que sirvieron en el circo pero ya están marcados por el uso y por el tiempo).

Macedonio: (Camina con la mirada perdida. Tropezaba con el montón de objetos. Se nota un esfuerzo en su vista. Limpia los anteojos).

¡Ah! ¡Demonios con ese montón de basura! Habrá que pagar un camión para que lleve todo esto al basurero. Cómo se me fue a olvidar. ¡Montón de chatarra! (Patea el montón de objetos y se lastima la punta del pie).

¡Ayyy! Con todo el diantre. Hasta en el último momento me siguen provocando problemas. ¡Váyanse! ¡Váyanse de una vez por todas. Eso es lo que deberían hacer: caminar hasta un lugar donde yo no los pueda ver más. ¡Nunca más!

(Regañón) ¿Qué esperan? Bastantes callos le han sacado a estas manos para que todavía ahora yo sea el que tenga que cargarlos. ¡No, señor! Cada uno por su cuenta va a iniciar su caminata hasta el basurero. (Fija su mirada examinando los objetos con una risa de burla). Aunque pensándolo bien, me podrían dar algo por ustedes en una venta de chatarra.

(Se le apaga la sonrisa) ¿De qué se burlan? ¿De qué se ríen?, si ustedes están más viejos y arrugados que yo. ¿Qué? ¿No me creen? (Desafiante) Creen que porque tengo canas no podría montar otro circo. (Sonríe). Pues se equivocan.

Parece que en tantos años de andar juntos no conocieran a Macedonio.

(Se llena de ánimo). Pues sí, sería capaz de montar, organizar y dirigir otro circo. Hasta ... hasta podría hacer el número de equilibrista. (Se indigna ante la burla que algunos de sus fantasmas ha hecho).

Sí, señor. Hasta de equilibrista.

(Extiende los brazos y camina sobre una cuerda imaginaria). ¡Ah!, ¿verdad? Creen que cuarenta y cinco años fueron en vano. ¡Qué va! (Saca del montón de objetos dos bolas pequeñas de hule y repite el juego de equilibrio combinado con el juego de malabarismo). ¿Se acuerdan? ¿Verdad que no es fácil? (Tararea una melodía circense. Pierde el equilibrio y se le caen las dos bolas de hule. Mira a los objetos con vergüenza). Bueno, hace falta un poco de práctica, pero eso se arregla. (Trata de justificarse desesperadamente). Pero se pueden conseguir buenos equilibristas ... el hijo de Mesquiades ya había aprendido muy bien el oficio de su papá ... él podría ser mi equilibrista. Es joven pero aprende muy rápido.

(Una nueva idea le ilumina la cara). ¡El payaso! ¡Eso es! Yo puedo ser el payaso. (Busca entre el montón y saca una peluca y una nariz de payaso. Se las coloca y después de hilar algunas ideas, actúa imitando a dos payasos).

— ¡Ay!, mi querido Chicharrón, me duele el corazón.

— ¿Qué te duele, Pelele?

— El chicharrón, digo, el corazón.

— ¿Y así, de repente pente?

— No, primero me dolía un diente y me lo saqué. Después me dolía el ombligo ...

— ¿Cómo dice, amigo?

— Que me dolía el ombligo y me lo arranqué. Después me dolía la rodilla, la corté y la hice papilla.

— ¿Y ahora cómo caminilla?

— Con una muletilla.

Después me dolía el intestino.

— Seguro comió mucho pepino.

— Me lo arranqué y lo hice tocino.

Pero ahora me duele el corazón, Chicharrón. ¿Qué voy a hacer? Si me lo arranco me muero y si no lo arranco también me muero.

— Tenés que esconderte para que cuando venga la muerte no pueda verte.

— Ahí viene, Chicharrón, la muerte en camión.

— Donde me escondo ... Dónde.

Quiero seguir siendo un payaso, no quiero morir ... (Respira varias veces esta última frase e inconscientemente va saliendo del personaje para terminar como Macedonio repitiendo siempre la frase. Finalmente, se quita la nariz y la peluca. Habla con ellas). No mi querido Pelele ... todo muere. (Lo invade una profunda depresión). El circo ... los amigos ... todo muere. Ayer enterré a Leopoldo. (Limpia sus anteojos y se dirige al montón de objetos. Saca un triciclo herrumbrado y le trae imágenes del pasado). Vamos, Leopoldillo, a ensayar. Vamos, Leopoldo. (Mueve el triciclo evocando a su compañero). Eso, Leopoldo. Muy bien. Un esfuerzo más. Sólo un esfuerzo más. ¡Eso es! Si lo hacés bien te voy a regalar diez bananas. Diez deliciosas bananas.

Leopoldo es un rey, es el rey del circo, tiene que hacerlo bien. La corona, Leopoldo, ponete la corona. (Saca del montón de objetos un corona y se la pone en la cabeza).

¡El rey del circo! (Aplauda y gesticula como espectador enardecido) ¡Otra vez! ¡Otra vez! ¡Otra vez! ¡Que actúe el rey! (Lentamente se transforma en un mono que, con movimientos toscos y golpes, juega con el triciclo hasta que decide montarse y venciendo su torpeza lo maneja. Crece el placer por el movimiento y pedalea más rápido hasta que tropieza y cae. Respira con dificultad. Se percata de que ha perdido sus anteojos).

¡Mis anteojos! ¿Dónde están? (Busca casi a ciegas)

¡Maldición! ¿Qué se hicieron?

Margarita. (Desde una esquina, al fondo, ha observado la escena. Cuando Macedonio se levanta, ella aplauda pausadamente). Muy bien, señor. (Recoge los anteojos discretamente).

Macedonio: No. Muy mal, señora. ¿En qué puedo servirle?

Margarita: Quiero un boleto para ver su función.

Macedonio: Hoy no hay función. No hay más funciones: el circo se acabó.

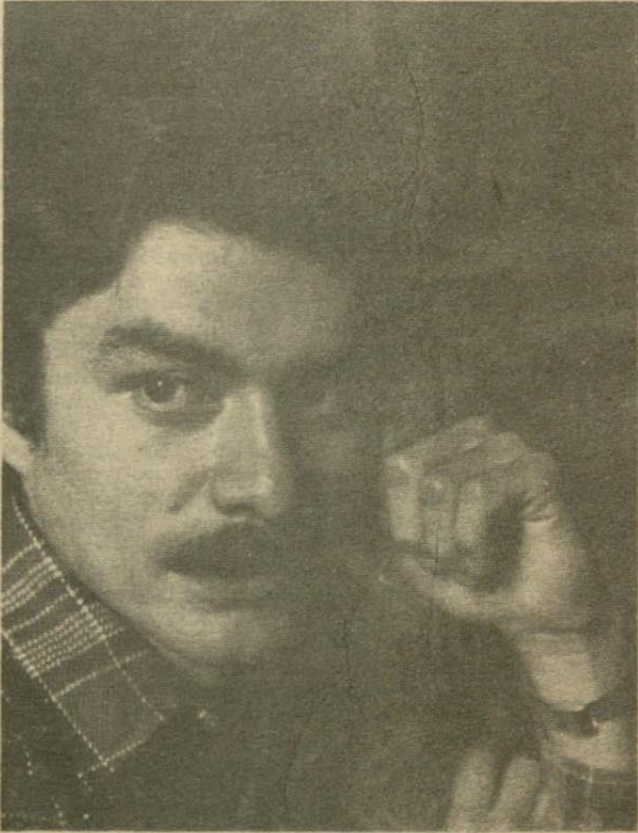
Margarita: Qué lástima. ¿Y por qué?

Macedonio: ¿Por qué? Porque también el circo se fue haciendo viejo, y ya a la gente no le gustan las cosas viejas. Yo hubiera querido rejuvenecerlo, pero para eso hace falta dinero, mucho dinero. Otros circos mejores que éste nacieron y muy poca gente venía. ¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero! Por más ilusiones y proyectos que uno tenga no se puede hacer nada sin dinero.

Margarita: ¿Y por qué no buscó a alguien que invirtiera en su circo?

Macedonio: Porque la verdadera ganancia que le queda a uno en un circo que viaja por los barrios pobres es sólo las risas de

VICTOR VALDELOMAR



la gente, darle un poco de vida a las ilusiones de muchos niños para que, a pesar de todo, crean que en el mundo hay cosas lindas todavía. Y esa ganancia, señora, no les interesa a los inversionistas ... y menos cuando es un viejo el que se las propone.

- Margarita: Entonces ¿qué hace usted aquí?
- Macedonio: Buscar. Buscar una esperanza en algún rincón. Tratar de convencer a estas piernas y a estas manos torpes de que todavía sirven ... pero no es fácil.
- Margarita: Trata de revivir a un muerto.
- Macedonio: (Reacciona enardecido). ¡No! No está muerto. Yo sé que no. En alguna otra parte no sé donde, pero en alguna parte se está alzando otra carpa y se levanta otra gradería. Ahí, a ese lugar tengo que llegar yo, señora.
- Margarita: Sí, Macedonio: estás tratando de revivir un muerto. ¿Por qué querés engañarte? (Le entrega los anteojos).
- Macedonio: (Asombrado. Se pone sus anteojos y camina hasta quedar de frente a Margarita). ¡Margarita! ¡Cómo ...! ¡Tanto tiempo, Margarita ... Tantos años! (La abraza).
- Margarita: Ya te habías olvidado de mí.
- Macedonio: No. Es que nunca pensé que ... ¿Cómo llegaste aquí?
- Margarita: Y qué importa. ¿Acaso no sabías que algún día tenía que volver a buscarte? Yo te dije: Cuando desapareciera ésto que nos separó volvería a buscarte.
- Macedonio: No sabés la alegría que me da verte. Yo creí que vos ya ...
- Margarita: Estaba muerta.
- Macedonio: No, no. Muerta no. Te imaginaba hecha toda una señora de hogar rodeada de muchos hijos y nietos, sirviéndoles la mesa, contándoles cuentos. ¡Yo qué sé! Lo que vos siempre quisiste ser.
- Margarita: Sí. Lo que yo siempre quise ser. Pero no, Macedonio. Aquí estoy tan solitaria como vos. Desde hace mucho tiempo te sigo los pasos, esperando el momento en que por fin necesitaras más a un ser humano que a un mono gritón y repugnante.
- Macedonio: Cada uno fue encontrando cosas mejores que este viejo circo.
- Margarita: Ya lo ves, Macedonio. Todo esto murió pero yo estoy aquí, de pie. Vamos, Macedonio.
- Macedonio: ¿Adónde?
- Margarita: A mi hogar.
- Macedonio: (Entusiasmado). ¿Un hogar?
- Margarita: El merecido descanso que tus manos y tus pies necesi-



tan.
Macedonio: (Más entusiasmado). Descanso.
Margarita: Sí, es un lugar muy tranquilo, hay un inmenso jardín, una biblioteca, corredores grandes con hamacas y mecedoras. Hay gente que le encantaría oír tus aventuras de andariego.
Macedonio: Mis aventuras de andariego, como quien dice un abuelito cuenta cuentos.
Margarita: Vas a tener el desayuno, la comida y la cena a su hora.
Macedonio: (Soñando). Café con huevos y jamón en la mañana. ¡Qué delicia!
Después arrecostarme a leer el periódico, a mecerse en una hamaca hasta que llegue la hora del almuerzo ... fumarse un delicioso puro, después ...
Margarita: Un paseo a la playa.
Macedonio: ¡A la playa! El sol, el mar ... No pensar más si hay suficiente público para la función, no pensar más en si el vestuario está lavado y aplanchado, en revisar la cuerda, en la medicina para el elefante enfermo.
Margarita: Además, está alejado del ruido.
Macedonio: Y no más porque la gente ría o llora. (Sale del ensueño). Bienvenida, Margarita. Me sentía tan solo. (Eufórico). Tengo una idea: en los ratos libres podemos ensayar un número de payasos.
Margarita: ¡De payasos! ¡Quiénes?
Macedonio: Nosotros. (Corre al montón de objetos y saca una caja de maquillaje). Siempre quise hacer esto y ahora no voy a perder la oportunidad. (Toma de la barbilla a Margarita, le da a sostener la caja de maquillaje y se dispone a maquillarla).
Margarita: Qué vas a hacer, majadero. A mí no me vas a embarrar con esa porquería.
Macedonio: Vas a quedar muy linda.
Margarita: Macedonio, por favor. Si alguien viene y me encuentra así va a creer que estoy loca. Esto es lo último que me faltaba, que a mi edad quisieras convertirme en un payaso.
Macedonio: No hablés tanto que se corre el maquillaje.
Margarita: Lindo jugueteo encontraste. No me pongás mucho que después no voy a poder quitármelo.
Macedonio: Un poco más de color aquí y otro poco aquí, ahora un poco en la nariz. Qué bien vas a quedar, Margarita. Podríamos probar suerte en la televisión.
Margarita: Estás loco, Macedonio.
Macedonio: ¿Qué te parece "Chicharrón y Pelele" como nombre artístico?
Margarita: Nunca, Macedonio. Si de joven no hice el ridículo, menos lo voy a hacer de vieja.
Macedonio: Ya está. ¿Ves que bien quedaste? Ahora sí, vamos a ensayar el baile de presentación. Tenés que seguir mis movimientos. (Improvisa una coreografía que Margarita sigue de mala gana). Un, dos, tres, cuatro y un, dos, tres, cuatro ...
Margarita: (Rompe con el juego). Ya, Macedonio. No. Estás loco si creés que en el centro te van a permitir estas niñerías.
Macedonio: ¿En el qué?
Margarita: En el centro de atención a la vejez, ahí es donde vamos.
Macedonio: (Camina hasta el montón de objetos). Entiendo. Ese es el lugar. Muy ordenado y silencioso, supongo.
Margarita: Muy silencioso. Vamos, Macedonio.
Macedonio: No.
Margarita: (Desconcertada). ¿Cómo que no? ¿Qué vas a quedarte haciendo aquí?
Macedonio: No sé. Aunque ya no pueda tener un circo prefiero hacer cualquier cosa, cobrar entradas, vender palomitas de maíz, cualquier cosa, antes de ir a enclaustrarme en un asilo de ancianos.
Margarita: (Exaltada). No es un asilo de ancianos, es un centro de atención a la vejez. Yo creí que los años te habían hecho más razonable pero seguís siendo el mismo testarudo. Ya es hora de que acabés con esta vida, majadero. ¿Cómo preferís esta vida de gitano a un lugar tranquilo y confortable?
Macedonio: Porque esto sí es vida: oír las risas de la gente, escuchar los gritos de asombro del público, dejar la imaginación cabalgar y cabalgar. Si ahora que llego a viejo me rindiera y terminara aceptando ser una pieza de museo en ese centro, tendría que aceptar que todos estos años fueron un error.
Margarita: Esto es lo que han sido. Acordate, Macedonio: yo había dado el primer pago de la casa, comprado algunas cosas y hasta te había conseguido un trabajo en la oficina, sólo faltaba que nos casáramos, y a última hora te fuiste con ese circo. YO te lo ofrecí todo y lo cambiaste por nada.

Macedonio: Yo te dije que vinieras conmigo.
Margarita: ¿Para qué? Habría terminado dándole el chupón o arrullando a tu querido mono, o colgando de una escalera para tapar las goteras de la carpa. ¿Eso es lo que me ofrecías?
Macedonio: Ser parte del circo es ser mensajero de la felicidad, de algo desconocido, traer la magia en las manos. Cuando llega a un pueblo y alrededor de uno se amontona esa montaña de niños, en su cara sucia se ve la sed de un poco de alegría, necesidad de que alguien les haga creer que todavía hay cosas lindas en este mundo, que les enseñen que reír y soñar también es un derecho. ¿Entendés, Margarita? Uno cumple una tarea muy importante para los demás. Cuando uno comprende eso no le importa tener que tapar goteras, ni mucho menos alimantar a un mono que llenaba toda la carpa de sonrisas.
Margarita: Pero ya estás viejo y cansado, Macedonio. No vas a poder vivir mucho tiempo de recuerdos. Necesitás compañía, atención.
Macedonio: (Dudoso). Bueno, tengo que admitir que la soledad no es muy buena compañera.
Margarita: Soledad: Eso es todo lo que te dejó el circo.
Macedonio: Desde niño siempre quise tener un circo y no descansé hasta lograrlo. Recuerdo que el castigo de mis travesuras era encerrarme en un cuarto oscuro durante muchas horas, y ahí, solo, empezaba a hacer muecas y acrobacias e imaginaba a un inmenso público aplaudir todos mis grandes números. Ahora, después de tantos años, y con el circo acabado vuelvo a sentir esa soledad, como si después de mis travesuras me hubieran encerrado otra vez en el cuarto oscuro.
Margarita: Vamos, Macedonio: He esperado todos estos años desde que te fuiste. Yo seré una buena compañía.
Macedonio: (Se palpa las arrugas de su rostro, sus canas y luego palpa el rostro de Margarita). ¿Dónde están los sueños, los ideales, los principios? ¿También se van arrugando, Margarita? ¿También envejecen? ¿También pierden energía? (Corre hasta los objetos y saca una pesa de apariencia real pero muy livianas). ¿Si uno de veinte años pensó que no le gustaban las cosas como estaban ordenadas, si sentía un poco de rebeldía correr por las venas, no debería sentir lo mismo a los setenta? (Juega a un levantador de pesas). Yo tengo la experiencia de muchos años de trabajo dedicado a construir ilusiones, y eso lo hago porque yo nunca encontré a nadie que lo hiciera, en este mundo ordenado no se permiten ilusiones, y los que creen ilusiones están condenados a un cuarto oscuro, como a los niños traviesos ... (Su descubrimiento lo hace enardecerse). ¡Castigado como niños traviesos! Entonces terminan renunciando a sus ideales y a sus principios con el pretexto de que ellos también han envejecido. Pero eso no es cierto, ellos han crecido como el mástil principal de la carpa: inamovible, bien cimentado. Esa es la desgracia de los jóvenes y de los niños de hoy: se conforman con ideales tan pobres y flexibles.
Pero si yo le diera mi experiencia a algunos jóvenes, si ellos a cambio me dieran su fuerza ... el circo seguiría adelante y la muerte no significará una derrota.
Me encantaría estar con vos en ese lugar, Margarita, pero sería como haber luchado toda la vida por construir un cimiento fuerte y al final aterrarlo negando todo el provecho.
Margarita: ¿Por qué tienen que ser tan complicadas las cosas? ¿Por qué complicar tanto la vida, Macedonio? La belleza de la vida está en las cosas simples.
Macedonio: No para los niños traviesos.
Margarita: (Se limpia el maquillaje con un pañuelo). Tal vez dentro de un tiempo ...
Macedonio: Tal vez. (Margarita aplaude pausadamente y sale). ¡Enciendan las luces! ¡Arriba la función! ¡Ahora el gran Sansón hará su gran número de levantar ochocientas libras con una sola mano y el gran domador de leones luchará contra el feroz Claudio. (Saca un látigo del montón de objetos e imitando el rúgido de un león saca una batalla a muerte contra el animal). ¡Quietos! ¡Quietos, Claudio! ¡Para atrás! Ahora la prueba final: bailaré un vals con el león. (Tira el látigo, con paso sinfónico se acerca al león y baila a la vez que tararea un vals. (A los objetos). ¡Vamos, chunches viejos, bailen! No dejen envejecer los ideales. (Se escucha una melodía circense muy brillante la luz baja lentamente).

FIN